

dencia y que iba á casarse con el señor de Troisville. Aquí se decía que Moreau había hecho ya la cama; allí que la cama tenía seis pies; en la calle de Bercail, en casa de la señora Gransón, la cama tenía cuatro pies, y en casa de Ronceret, donde comía Bousquier, la cama no tenía nada de particular. El vecindario pobre pretendía que el tal mueble había costado mil cien francos, mas allá se aseguraba que el pescado había encarecido cuando Marieta había entrado en el mercado para llevárselo todo. En lo alto de la calle de San Blas, decíase que Penélope había debido reventar; esta muerte se ponía en duda en casa del recaudador general, y en cambio en la prefectura se daba por seguro que con tanta prisa se había abalanzado la solterona sobre su presa, que el animal había expirado al llegar á la puerta del palacio Cormón. El guarnicionero que vivía en la esquina de la calle de Seez, fué bastante atrevido para ir á preguntar si había ocurrido algo en el coche de la señorita Cormón, á fin de saber si Penélope había muerto. Desde lo alto de la calle de San Blas hasta el extremo de la calle de Rocail se supo que, gracias á los cuidados de Jacobo, Penélope, aquella silenciosa víctima de la intemperancia de su ama, vivía aún, pero que parecía estar enferma. En toda la calle de Bretaña, el vizconde de Troisville pasaba por ser un cadete sin un céntimo, toda vez que los bienes de la familia pertenecían al marqués de Troisville, par de Francia que tenía dos hijos, y aquel matrimonio era una suerte para el pobre emigrado, al par que éste era también una fortuna para la señorita Cormón. La aristocracia de la calle de Bretaña aprobaba este matrimonio, afirmando que nunca había podido emplear mejor su fortuna la solterona; pero para los burgueses el vizconde de Troisville era un general ruso que había combatido contra Francia, que traía una gran fortuna ganada en la corte de San Petesburgo, y era considerado, por lo tanto, como *extranjero*, como uno de los aliados que tanto odiaban los liberales. El abate Sponde había arreglado hipócritamente aquel casamiento, y todas las personas que tenían derecho á entrar en la casa de la señorita Cormón como en la suya propia, se prometieron ir á verla aquella misma noche. Mientras duraba esta agitación, que hizo olvidar casi á Susana, la señorita Cormón no estaba menos agitada y experimentaba emociones completamente nuevas. Contemplando su salón, su gabinete y su comedor, sintió una aprensión cruel, y una especie de demonio

le hizo ver ridículo aquel lujo antiguo; las cosas más hermosas que ella admiraba desde su infancia fueron tildadas y acusadas de vejez. Por fin, sintió ese temor que se apodera de casi todos los autores en el momento en que leen una obra, que ellos creen perfecta, á un criterio exigente ó insensible: las frases mejor trabajadas y más ocurrentes parecen entonces vulgares y triviales; las imágenes resultan forzadas y las faltas saltan á la vista. Asimismo, la pobre Rosa temblaba ante la idea de ver en los labios del señor de Troisville una sonrisa de desprecio por aquel salón de obispo, temió verle dirigir una mirada fría á aquel antiguo comedor, y finalmente sintió espanto ante la perspectiva de que el marco envejeciese el cuadro. ¿Y si aquellas antigüedades comunicasen á su persona algún reflejo de vejez? Esta pregunta que ella se hizo le puso carne de gallina, y en aquel momento hubiera dado la cuarta parte de sus economías por poder restaurar su casa en un instante como por encanto. ¿Quién es el fatuo general que no ha temblado, la víspera de una batalla? La pobre soltera se encontraba entre un Austerlitz y un Waterloo.—Señora vizcondesa de Troisville. ¡Qué hermoso nombre!—se decía.—Así, al menos mis bienes irían á parar á una buena casa.

La solterona era presa de una excitación tal, que hacía estremecer á sus nervios, ahogados hacía ya tiempo por su gordura. Toda su sangre, agitada por la esperanza, estaba en movimiento, y Rosa se sentía con fuerzas para conversar, si era necesario, con el señor de Troisville. Creemos inútil hablar aquí de la actividad con que funcionaron Marieta, Josefa, Jacobo, Moreau y sus dependientes; baste decir que trabajaron todos como hormigas, y que todo fué repasado, cepillado, barrido y frotado. La porcelana de las grandes ceremonias vió la luz del día, y las ropas adamascadas, numeradas y marcadas fueron sacadas de las profundidades donde yacían bajo una triple guarda de envolturas defendidas por formidables líneas de alfileres. Los anaqueles más preciosos de la biblioteca fueron interrogados, y por fin la señorita sacrificó tres botellas de los famosos licores de la señora Amphoux, que es la más ilustre de las destiladoras de Ultramar, mis queridos aficionados. Gracias á la abnegación de sus lugartenientes, la señorita pudo estar preparada para el combate. Las diferentes armas, los muebles, la artillería de cocina, las baterías de repostería, los víveres, las

municiones y los cuerpos de reserva estuvieron dispuestos en toda la línea. Jacobo, Marieta y Josefa, recibieron la orden de vestirse de gala. El jardín fué rastrillado, y la solterona sintió no poder entenderse con los ruiñeros anidados en sus árboles para obtener de ellos sus más hermosos trinos. Por fin á eso de las cuatro, en el mismo momento en que el abate Sponde volvía á su casa y en que la solterona creía haber preparado el cubierto más bonito y la comida más deliciosa, se oyó en el Val-Noble los chasquidos de un postillón.

—¡Es él!—se dijo Rosa sintiendo resonar en su corazón aquellos chasquidos.

En efecto, anunciado ya por tantos comentarios, un cierto cabriolé ocupado por un señor solo había causado tan gran sensación al bajar por la calle de San Blas, que algunos chiquillos y personas mayores le habían seguido y permanecían agrupados en torno de la puerta del palacio Cormón para verle entrar. Jacobo, que veía ya próximo el momento de su casamiento, había oído el chasquido en la calle de San Blas y se había apresurado á abrir la puerta de par en par. El postillón, que era conocido suyo, procuró y logró dar bien la vuelta y detenerse enfrente mismo de la escalinata, y ya comprenderéis que no se marchó sin que Jacobo le hubiese emborrachado. El abate salió al encuentro de su huésped, cuyo coche quedó descargado con la prontitud con que lo hubieran hecho unos salteadores, fué metido en la cochera, la puerta fué cerrada y á los pocos minutos ya no había siquiera huellas de la llegada del señor de Troisville. La solterona, cuyo corazón latía violentamente, permaneció heroicamente sentada en su poltrona en el rincón del fuego; Josefa abrió la puerta y el vizconde de Troisville, seguido del abate Sponde, se ofreció á las miradas de la solterona.

—Sobrina mía, aquí tienes al señor vizconde de Troisville, nieto de un compañero mío de colegio.—Señor de Troisville, esta es mi sobrina, la señorita Cormón.

—¡Ah! ¡qué bien plantea la cuestión mi tío!—pensó Rosa María Victoria.

Para pintarle en dos palabras, diremos que el vizconde de Troisville era un Bousquier noble y que existía entre ellos la misma diferencia que existe entre el género vulgar y el género noble, y si los dos hubieran estado presentes, ni el liberal más furibundo hubiera podido negar la aristocracia.

La fuerza del vizconde poseía toda la distinción de la elegancia, sus formas conservaban una dignidad magnífica, tenía ojos azules, cabellos negros y tez aceitunada, y no debía contar más allá de cuarenta y seis años. Le hubierais creído un guapo español conservado en los hielos de Rusia. Los modales, el paso, la actitud, todo anunciaba al diplomático que había visto la Europa, y su indumentaria era la propia del hombre distinguido que viaja. El señor de Troisville parecía estar cansado, y el cura le invitó á que pasase al cuarto que le estaba destinado y quedó mudo de asombro cuando su sobrina abrió la puerta del gabinete transformado en dormitorio. El abate Sponde y su sobrina dejaron entonces al noble extranjero ocuparse de sus cosas con ayuda de Jacobo, que le llevó todos los bultos que necesitaba, y fueron á pasearse á orillas del Brillante, esperando que el señor de Troisville hubiera acabado de arreglarse. Aunque por una extraña casualidad estuviese el abate Sponde más distraído que de ordinario, hemos de advertir que la señorita Cormón no estaba menos preocupada que él y que ambos caminaban en silencio. La solterona no había encontrado nunca un hombre tan seductor como el olímpico vizconde, y no pudiendo decirse á la alemana: «¡He aquí mi ideal!», se decía: «¡Este es mi negocio!» De pronto voló á la cocina para saber si la comida podía sufrir un retraso sin estropearse.

—Tío, ¡qué amable es el señor de Troisville!—dijo Rosa al volver al lado del anciano.

—Pero, hija mía, ¡si aun no ha dicho nada!—dijo el anciano sonriéndose.

—Bueno; pero se conoce por sus modales y su fisonomía. ¿Es soltero?

—No lo sé—respondió el abate, que pensaba entonces en una discusión que había tenido con Couturier acerca de la gracia.

—El señor de Troisville me ha escrito diciéndome que deseaba adquirir aquí una casa, y si fuese casado no hubiera venido solo—repuso el anciano con aire indiferente, sin soñar siquiera en que su sobrina pudiese pensar en casarse.

—¿Es rico?

—Es el segundón de un segundón—respondió el tío.—Su abuelo ha mandado escuadras; pero el padre de ese joven hizo un mal matrimonio.

—¡Ese joven!—repitió la solterona.—Pero tío, ¡si me

parece que tiene más de cuarenta y cinco años!—añadió Rosa llevada de un excesivo deseo de poner sus edades, al unísono.

—Sí—dijo el abate;—pero no olvides, Rosa, que para un pobre sacerdote de setenta años un cuadragenario es un joven.

En este momento, todo Alençon sabía que el señor vizconde de Troisville había llegado á casa de la señorita Cormón. El forastero no tardó en unirse á los dueños de la casa y se puso á contemplar y á admirar la vista del Brillante, el jardín y la casa.

—Señor cura—dijo al fin,—toda mi ambición consiste en encontrar una habitación semejante á ésta.

La solterona quiso ver una declaración en esta frase y bajó los ojos.

—Señorita, supongo que usted debe estar satisfecha aquí—añadió el vizconde.

—¿Cómo no he de estar satisfecha, si pertenece á nuestra familia desde 1314, época en que nuestro antepasado el intendente del duque de Alençon adquirió este terreno y la hizo construir?—dijo la señorita Cormón.—Tiene unos cimientos magníficos.

Estando en esto, Jacobo se presentó á decir que la comida estaba dispuesta. El señor de Troisville ofreció su brazo á la feliz Rosa, la cual procuró no apoyarse demasiado en él, temiendo que la tildase de ligera.

—Todo es aquí hermosísimo—dijo el vizconde al sentarse á la mesa.

—Nuestros árboles están llenos de pájaros que nos dan serenatas á poco precio, porque nadie les molesta, y el ruiseñor canta aquí todas las noches—dijo la señorita Cormón.

—No, yo me refiero al interior de la casa—advirtió el vizconde sin tomarse el trabajo de estudiar á la señorita Cormón y sin echar de ver, por lo tanto, la escasez de sus luces.—Sí, todo está aquí en relación: los tonos, el color, los muebles, la fisonomía.

—Sin embargo, crea usted que nos cuesta mucho, porque los impuestos son enormes—respondió la excelente mujer.

—¡Ah! ¿son caros aquí los impuestos?—preguntó el vizconde, preocupado por sus ideas y sin fijarse en la inoportunidad de la observación.

—Yo no lo sé—dijo el cura,—porque es mi sobrina la

encargada de la administración de nuestras dos fortunas.

—Los impuestos son una miseria para la gente rica—repuso la señorita Cormón deseando no parecer avara.—Respecto á los muebles, los dejaré como están y no haré cambio alguno en ellos, á no ser que me case, en cuyo caso será preciso que todo esté á gusto del amo.

—Veo, señorita, que sustenta usted grandes principios, y que haría feliz á un hombre—dijo el vizconde sonriéndose.

—¡Nunca me ha dicho nadie palabras tan agradables!—pensó para sus adentros la solterona.

El vizconde felicitó á la señorita Cormón por el servicio y el aspecto de la casa, confesando que creía á la provincia atrasada y que la encontraba *muy comfortable*.

—¡Dios mío! ¿qué querrá decir con esa palabra?—pensó ella.—¿Dónde está el caballero de Valois para responder por mí? ¿Comfortable? Yo creo que ese término encierra muchas palabras. ¡Vamos, valor!—se dijo.—Tal vez una palabra rosa, y yo no estoy obligada á conocerla.—Señor—repuso en voz alta, sintiendo su lengua desatada por esa elocuencia que encuentran todas las criaturas humanas en las circunstancias capitales.—Tenemos aquí una sociedad brillante. La villa se reúne precisamente en mi casa, y podrá usted juzgarla al momento, porque algunos de nuestros asiduos tal vez hayan sabido mi vuelta, y vendrán á verme. Tenemos al caballero de Valois, señor de la antigua corte y hombre de gran ingenio y gusto. Después al señor marqués de Esgrignon y á la señorita Armanda, su hermana... (se mordió la lengua y se contuvo). Una muchacha notable en su género—añadió—que ha querido permanecer soltera para dejar toda su fortuna á su hermana y á su sobrino.

—¡Ah!—dijo el vizconde—sí, los Esgrignon, ya me acuerdo.

—Alençon es muy alegre y tiene medios de diversión. El recaudador da bailes, el prefecto es hombre muy amable y monseñor el obispo nos honra á veces con su visita.

—Vamos—repuso el vizconde sonriéndose,—veo que he hecho bien en querer volver, como la liebre, á morir á la madriguera.

—Yo también soy como la liebre—dijo la solterona,—y allí donde me adhiero, muero.

El vizconde tomó el proverbio tergiversado así por una broma y sonrió.

—¡Ah!—se dijo la solterona—todo va bien, este me comprende.

La conversación se sostuvo versando sobre generalidades, y por una de esas misteriosas potencias desconocidas é indefinibles, la señorita Cormón encontraba en su cerebro aquel modo de decir especial del caballero de Valois, resultando de aquello una especie de duelo en que el diablo parece dirigir en persona el cañón de la pistola. Jamás adversario alguno fué mejor apuntado. El vizconde era hombre de demasiada buena sociedad para hablar de la excelencia de la comida; pero su silencio era un elogio. Bebiendo los deliciosos vinos que le servía profusamente Jacobo, el recién llegado parecía reconocer á antiguos amigos y experimentar con ello un verdadero placer, pues el verdadero aficionado no aplaude, sino que goza. El vizconde se informó curiosamente del precio de los terrenos y de las casas; hizo que la señorita Cormón le describiese detalladamente el punto de confluencia del Brillante y del Sarto y se asombró de que la villa estuviese colocada tan lejos de la orilla, pareciendo muy preocupado de la situación topográfica del país. El silencioso abate dejó que su sobrina le diese conversación. A decir verdad, la señorita creyó interesar al señor de Troisville, el cual le sonreía con gracia, y ganó más terreno durante aquella comida del que hubieran ganado en quince días muchos de sus más asiduos pretendientes. Ya comprenderéis que jamás convidado alguno se vió más cuidado ni más atendido, tanto, que el que hubiera presenciado la escena, lo hubiese tomado más que por un extraño, por un amante querido después de una larga ausencia. La señorita preveía el momento en que el vizconde necesitaba pan, le acariciaba con sus miradas y, cuando volvía la cabeza, le servía de nuevo de aquellos platos que más parecían agradarle. En fin, que si hubiera sido goloso, le hubiese hecho reventar. ¿Pero no os parece todo esto una deliciosa muestra de lo que ella pensaba hacer en amor? Rosa no cometió la tontería de menospreciarse; desplegó valerosamente todas sus velas, se presentó como la reina de Alençon y alabó las golosinas hechas por ella. Por último, procuró pescar cumplidos hablando de sí propia, y notó que agradaba al vizconde, pues sus deseos la habían transformado de tal modo, que casi se había convertido en mujer. A los postres oyó con verdadera satisfacción las idas y venidas en la antesala y las voces del salón, que anunciaban

ban que sus asiduos estaban ya allí, é hizo notar á su tío y al señor de Troisville la circunstancia de ser muy temprano como una prueba del afecto que la tenían, cuando en realidad todo aquello era ocasionado por la lancinante curiosidad que devoraba á toda la villa. Impaciente por dar á conocer su triunfo, la señorita Cormón dijo á Jacobo que tomarían el café en el salón, adonde el criado fué á instalar las magnificencias de una bandeja de Sajonia que no salía del armario más que dos veces al año. Todas estas circunstancias fueron observadas por la reunión, que se disponía á glosarlas á media voz.

—¡Diantre!—dijo Bousquier—nada menos que los licores de la señora Amphoux, que no se sirven más que en las cuatro fiestas del año en que repican campanas.

—No hay duda que debe ser un matrimonio arreglado por correspondencia hace ya un año—dijo el presidente Ronceret,—porque hace ya un año que el director de correos recibe cartas timbradas de Odessa.

La señora Gransón tembló. El caballero de Valois, aunque había comido como cuatro, sintió que iba á descubrir su secreto, y dijo:

—¿No encuentran ustedes que hace frío esta noche? ¡Yo estoy helado!

—Eso es debido á la proximidad de Rusia—dijo Bousquier.

El caballero le miró de una manera que quería decir:

—¡No está mal, no está mal eso!

La señorita Cormón compareció tan radiante y triunfante, que llegó á parecer hermosa. Este brillo extraordinario no era debido solamente al sentimiento, sino que toda la masa de su sangre gritaba en ella desde por la mañana, y sus nervios estaban agitados por el presentimiento de una gran crisis: eran necesarias todas estas circunstancias para que ella pudiera tomarse la libertad de parecerse tan poco á sí misma. ¡Con qué dicha no hizo ella las solemnes presentaciones del vizconde al caballero, del caballero al vizconde, de todo Alençon al señor de Troisville, y del señor de Troisville á los de Alençon! Por una casualidad bastante explicable, aquellas naturalezas aristocráticas se colocaron al instante al unísono, se reconocieron y se miraron ambos como hombres de la misma esfera y se pusieron á hablar de pie delante de la chimenea. Casi al instante se formó un círculo delante

de ellos, y su conversación, aunque hecha *sotto voce*, fué escuchada con religioso silencio. Para comprender bien el efecto de esta escena, hay que imaginarse á la señorita Cormón de espaldas á la chimenea, ocupada en arreglar el café de su pretendido pretendiente.

EL SEÑOR DE VALOIS

¿De modo que, según se dice, el señor vizconde viene á establecerse aquí?

EL SEÑOR DE TROISVILLE

Sí, señor, vengo á buscar casa... (*la señorita Cormón se vuelve con la taza en la mano*), y la necesito grande para albergar... (*la señorita Cormón tiende la taza*) á mi familia. (*Los ojos de la solterona se turban.*)

EL SEÑOR DE VALOIS

¿Es usted casado?

EL SEÑOR DE TROISVILLE

Hace diez y seis años, con la hija de la princesa Scherbelloff.

La señorita Cormón cayó como herida por un rayo. Bousquier, que la vió vacilar, se adelantó hacia ella, la recibió en sus brazos y le abrieron la puerta, á fin de que pudiese pasar sin obstáculo con tan enorme fardo. El fogoso republicano, aconsejado por Josefa, sacó fuerzas para llevar á la solterona á su cuarto y depositarla en la cama. Josefa, armada de tijeras, cortó las cuerdas del corsé excesivamente apretado, y Bousquier echó brutalmente unas cuantas gotas de agua á la cara de la señorita Cormón y á los pechos, que se desbordaron como una inundación del Loire. La enferma abrió los ojos, vió á Bousquier y, al reconocerle, el pudor le hizo lanzar un grito. Bousquier se retiró, dejando entrar á seis mujeres á cuya cabeza iba la señora Gransón radiante de alegría. ¿Qué hacía entretanto el caballero de Valois? Fiel á su sistema, defendía la retirada.

—Esa pobre señorita Cormón—dijo el noble al señor de Troisville mirando á los concurrentes, cuya risa fué reprimida por sus miradas aristocráticas—se ve horriblemente atormentada por la sangre; no ha querido hacerse sangrar

antes de venir de Prebaudet, y he ahí los efectos de la vuelta de la sangre en la primavera.

—Además, como ha venido lloviendo, habrá cogido un poco de frío, y eso habrá contribuído también al accidente—dijo el abate Sponde.—Pero no será nada.

—¡Oh! ya me decía ella antes de ayer, que hacía tres meses que no tenía nada y que temía un brusco ataque—repuso el caballero.

—¡Ah! ¿conque eres casado?—se dijo Jacobo mirando al señor de Troisville mientras éste bebía el café á sorbos.

El fiel criado adivinó el desengaño de su ama, se unió á él y se llevó los licores de la señora Amphoux, ofrecidos al solterón y no al marido de una rusa. Todos estos pequeños detalles fueron observados y se prestaron á la risa. El abate Sponde sabía el motivo del viaje del señor de Troisville, pero por efecto de su distracción no había dicho nada, porque no había sospechado siquiera que su sobrina pudiese tener el menor interés por el señor de Troisville. Respecto al vizconde, preocupado con el objeto de su viaje y poco deseoso, como muchos maridos, de hablar de su mujer, no había tenido ocasión de decir que era casado, sin contar, por otra parte, con que creía que la señorita Cormón lo sabía. Bousquier se presentó, siendo objeto de mil preguntas. Al poco rato bajó también una de las seis mujeres, anunciando que la señorita Cormón estaba mucho mejor y que su médico la había visitado, recomendándole que guardase cama y creyendo urgente el sangrarla. El salón quedó muy pronto lleno, y la ausencia de la señorita Cormón permitió á las damas ocuparse de la escena trágico-cómica extendida, aumentada, embellecida, historiada, bordada, festoneada, coloreada y hermoçada, que acababa de tener lugar y que había de ser causa de que todo Alençon se ocupase al día siguiente de la señorita Cormón.

—¡Cómo la llevaba á usted ese señor Bousquier! ¿Qué puños!—dijo Josefa á su ama.—La verdad es que estaba pálido del susto y que se conoce que la quiere á usted aun.

Esta frase sirvió de final á aquel terrible y solemne día.

Al día siguiente, durante toda la mañana, las menores circunstancias de esta escena corrían de boca en boca por todo Alençon, y, digámoslo para vergüenza de la villa, eran motivo universal de risa. Sin embargo la señorita Cormón, que había mejorado mucho con la sangría, hubiese parecido

sublime á los más intrépidos burlones si hubieran sido testigos de la noble dignidad y de la magnífica resignación cristiana que la animaba cuando dió el brazo á su chasqueador involuntario para ir á almorzar. Cruels bromistas, ¿por qué no la visteis diciéndole al vizconde: «La señora de Troisville encontrará difícilmente aquí una casa que le convenga. Así es que hágame usted el favor, señor, de aceptar la mía, mientras que usted no se construya una en la villa»?

—Pero, señorita, yo tengo dos hijos y dos hijas, y la molestaríamos á usted demasiado.

—No se niegue usted—le dijo con una mirada llena de cariño.

—Ya se lo ofrecía yo á usted en mi última carta; pero supongo que no la habrá recibido.

—Pero cómo, tío: ¿sabía usted...?

La pobre Rosa se detuvo, y Josefa lanzó un suspiro. Ni el vizconde de Troisville ni su tío se apercibieron de nada. Después de almorzar, el abate Sponde acompañó al vizconde, como habían convenido la víspera, para enseñarle en Alençon las casas que podría adquirir ó los solares convenientes para edificar.

Al quedar sola en el salón, la señorita Cormón dijo á Josefa con aire lastimero:

—Hija mía, á estas horas estoy siendo la burla de toda la villa.

—Pues bien, señorita, cátese usted.

—Pero, hija mía, no estoy en condiciones de elegir.

—¡Bah! si yo estuviese en su lugar, aceptaría al señor Bousquier.

—Josefa, el señor de Valois afirma que es tan republicano ese Bousquier...

—Esos señores no saben lo que decir: también dicen que robaba á la república; de modo que no la querría tanto como dicen—dijo Josefa al marcharse.

—Esta muchacha tiene un talento asombroso—pensó la señorita Cormón reflexionando.

Rosa entreveía que un matrimonio inmediato era el único medio de imponer silencio á la villa, y este último jaque, vergonzoso evidentemente, era de índole capaz de hacerle tomar una determinación extrema, pues las personas desprovistas de talento salen difícilmente de los senderos

buenos ó malos en que han penetrado. Los dos solterones habían comprendido la situación en que iba á estar la solterona; así es que ambos se habían prometido ir por la mañana á saber noticias suyas. El señor de Valois juzgó que las circunstancias exigían un tocado minucioso, y, al efecto, tomó un baño, se vistió elegantemente y por primera y última vez Cesarina le vió ponerse con increíble maña un poco de colorete. Por su parte, Bousquier, aquel grosero republicano, sin pararse en barras, no hizo caso alguno de su persona y fué el primero en acudir. Estas pequeñeces deciden lo mismo de la fortuna de los hombres que de la de los imperios. La carga de Kellermann en Marengo, la llegada de Blücher á Waterloo, el desprecio de Luis XIV por el príncipe Eugenio, el cura de Denain, todas estas grandes causas de fortuna ó de estas catástrofes, las registra la historia, pero nadie se aprovecha de ellas para no olvidar nada en los hechos pequeños de la vida. Así, veréis que ocurre que la duquesa de Langeais (véase *La Historia de los trece*), se hace religiosa por no tener diez minutos de paciencia; el juez Popinot (véase *La Interdicción*), deja para el día siguiente el ir á interrogar al marqués de Esparp, y Carlos Grondet va á París por Burdeos en lugar de ir por Nantes. ¡Y se llaman casualidades y fatalidades á estos acontecimientos! El tiempo perdido en ponerse un poco de colorete mató las esperanzas del caballero de Valois, si bien es verdad que este hidalgo no podía morir de otro modo, pues había vivido para la presunción y debía morir á sus manos. Mientras el caballero daba una última mirada á su tocado, el grueso Bousquier entraba en el salón de la desolada soltera. Esta entrada se combinó con un pensamiento favorable al republicano, al través de una deliberación en que el caballero tenía toda la ventaja.

—¡Dios lo quiere!—dijo la solterona al ver á Bousquier.

—Señorita, no tome usted á mal mi afán de tener noticias suyas; no he querido fiarme de ese animal de Renato y he venido en persona.

—Estoy perfectamente bien—respondió ella con voz conmovida.

Y después de una pausa, añadió:

—Le doy á usted las gracias, señor Bousquier, por la molestia que usted se toma, y, sobre todo, por la que le ocasioné ayer.

Rosa se acordaba de haber estado en brazos de Bousquier, y esta casualidad, sobre todo, le parecía una orden del cielo: por la primera vez en su vida había sido vista por un hombre con el seno descubierto.

—La llevaba á usted de tan buena gana, que no la encontré pesada.

Al oír esto, la señorita Cormón miró á Bousquier como no había mirado á ningún hombre en el mundo; y animado con esto el proveedor dirigió á la solterona una mirada que le llegó al corazón, al mismo tiempo que añadía:

—¡Es lástima que aquello no me haya dado derecho á conservarla para siempre entre mis brazos! (Ella escuchó con aire enajenado.) ¡Desmayada, allí, en aquella cama, estaba usted encantadora!... No he visto en mi vida mujer más hermosa, y cuente que he visto muchas mujeres... Ahí está la ventaja de las mujeres gruesas; su vista es soberbia, no tienen más que mostrarse para triunfar.

—Quiere usted burlarse de mí, y eso no está bien, cuando toda la villa interpreta tal vez mal lo que me ocurrió ayer.

—¡Tan cierto como me llamo Bousquier, señorita! Nunca he cambiado de sentimientos respecto á usted, y su primera negativa no me ha desaminado.

La solterona mantuvo los ojos bajos y guardó un momento de silencio para Bousquier. Pero la señorita Cormón se decidió, levantó los párpados, unas cuantas lágrimas rodaron por sus ojos, miró tiernamente á Bousquier y le dijo con temblorosa voz:

—Si eso es cierto, señor, prométame usted únicamente vivir como cristiano, no contrariar nunca mis hábitos religiosos y dejarme en libertad de escoger mis confesores, y le concedo á usted mi mano—dijo tendiéndosela.

Bousquier se apresuró á coger aquella gorda mano llena de escudos y se la besó santamente.

—Pero—advirtió ella dejándole besar la mano—pido á usted una cosa.

—Concedida, y si es posible se hará.

—¡Ay de mí!—repuso la solterona—por el amor mío, tiene usted que encargarse de un pecado que ya sé que es enorme, pues la mentira es uno de los siete pecados capitales; pero ya la confesaré usted ¿verdad? y haremos los dos penitencia... (Se miraron cariñosamente.) Además, que acaso

entra en el género de mentiras que la Iglesia llama oficiosas.

—¿Estará acaso como Susana?—se decía Bousquier.— ¡Qué dicha!—¿Qué es ello, señorita?—dijo seguidamente en voz alta.

—Es preciso que usted diga como cosa suya...

—¿Qué?

—Que este matrimonio estaba convenido entre los dos hace ya seis meses.

—Encantadora mujer—dijo el proveedor con el acento propio del hombre que se sacrifica,—semejantes sacrificios sólo se hacen por una criatura adorada durante diez años.

—¿No obstante mis rigores?—le preguntó ella.

—Sí, no obstante sus rigores.

—Señor Bousquier, le había juzgado á usted mal—dijo Rosa tendiéndole de nuevo su encarnada mano, que Bousquier volvió á besar.

En este momento se abrió la puerta; los dos desposados miraron quién entraba y vieron al delicioso pero tardío caballero de Valois.

—¡Ah!—dijo al entrar—ya está usted en pie, hermosa reina?

Rosa sonrió al caballero y sintió una gran opresión en el corazón. El señor de Valois, notablemente joven y seductor, tenía el aire de Lauzun al entrar en el palacio real en la habitación de la señorita.

—Querido Bousquier—dijo el hidalgo con tono burlón y como hombre seguro de su éxito,—¡si viera usted cómo examinan su casa el abate Sponde y el señor de Troisville!

—Pues á fe que si el vizconde de Troisville la quiere, se la doy por cuarenta mil francos, porque dentro de poco me va á ser inútil. Si la señorita me lo permite... Es preciso que esto se sepa... Señorita ¿puedo decirlo?

—Sí.

—Pues bien, *mi querido caballero*, sea usted el primero á quien yo (la señorita Cormón bajó los ojos) tenga el honor de comunicar el favor que me hace la señorita, favor cuyo secreto guardo hace algunos meses. Nos casamos dentro de unos días, y mañana firmaremos el contrato, que está ya redactado. Así, creo ya comprenderéis que ahora mi casa me va á ser inútil. Yo buscaba compradores bajo mano, y el abate Sponde, *que lo sabía*, ha llevado al señor de Troisville á verla.

Y esta gran mentira tenía tal color de verdad, que el caballero lo creyó. Aquel *mi querido caballero* era algo así como la revancha tomada por Pedro el Grande de Carlos XII en Pultawa de todas sus precedentes derrotas. Bousquier se vengaba deliciosamente de las mil picantes indirectas de que había sido objeto; pero en medio de su triunfo, hizo un gesto de joven, se pasó la mano por el bisoñé, y... lo levantó.

—Les felicito á ambos—dijo el caballero con aire amable y les deseo que acaben como los cuentos de hadas: *fuieron muy felices y tuvieron muchos hijos*. Pero, caballero—añadió al mismo tiempo que tomaba un polvo—no olvide usted que lleva un tupé falso—dijo con voz burlona.

Bousquier se puso rojo como la grana al ver que tenía el tupé á diez pulgadas del cráneo. La señorita Cormón levantó los ojos, le vió la calva y los volvió á bajar por pudor. Bousquier lanzó al caballero la mirada más venenosa que jamás sapo alguno haya podido lanzar á su presa, al mismo tiempo que pensaba:

—¡Camellos de aristócratas que me habéis despreciado!

El caballero de Valois creyó haber recobrado así todas sus ventajas; pero la señorita Cormón no era mujer capaz de comprender la conexión que establecía el caballero entre sus deseos y el falso tupé, y, por otra parte, aunque lo hubiese comprendido, su mano no le pertenecía ya.

El señor de Valois vió que todo estaba perdido para él, y la inocente Rosa, al ver aquellos dos hombres mudos, quiso ocuparlos en algo y les dijo sin malicia.

—¿Porqué no juegan ustedes dos un *piquet*?

Bousquier sonrió y, como futuro dueño de la casa, fué á buscar la mesa de *piquet*. El caballero de Valois, ya porque hubiera perdido la cabeza, ó ya porque quisiese permanecer allí para estudiar las causas de su desastre y remediarlas, se dejó llevar cual la víctima al matadero. El noble hidalgo había recibido el golpe más violento que puede sufrir un hombre.

El abate Sponde y el vizconde de Troisville no tardaron en llegar, é inmediatamente la señorita Cormón se levantó, corrió á la antesala, llamó á su tío aparte y le comunicó su resolución. Al saber que la casa de Bousquier convenía al señor de Troisville, rogó á su futuro que le hiciese el favor de decir que su tío ya sabía que se vendía; y no se atrevió á confiar esta aventura al cura por temor á una distracción.

La mentira prosperó mejor que si hubiese sido una acción virtuosa. Por la noche, durante la velada, todo Alençon supo la gran noticia, y durante cuatro días seguidos, la villa entera estuvo ocupada como durante los días nefastos de 1814 y 1815. Unos se reían, otros admitían el matrimonio, éstos lo vituperaban y aquéllos lo aprobaban. La clase media de Alençon se felicitó y vió en aquel enlace una conquista. Al día siguiente, estando en casa de sus amigos, el caballero de Valois dijo la siguiente frase cruel acerca del matrimonio.

—¡Los Cormón acaban como han empezado! Intendente y proveedor se dan la mano.

La noticia de la elección hecha por la señorita Cormón hi rió de muerte á Atanasio; pero éste no dejó traslucir ninguna de las horribles agitaciones de que fué presa. Cuando supo el matrimonio estaba en casa del presidente Ronceret, donde su madre jugaba una partida de *boston*. La señora Gransón miró á su hijo á favor de un espejo y lo encontró pálido; pero lo estaba desde por la mañana, pues había oído hablar vagamente de este matrimonio. La señorita Cormón era una carta en la cual Atanasio se jugaba la vida, y el frío presentimiento de una catástrofe le envolvía ya. Desde el momento en que el alma y la imaginación agrandan la desgracia, ésta constituye un fardo demasiado pesado para los hombros y la cabeza; cuando falla una esperanza largo tiempo acariciada, cuya realización aplacaría el ardiente buitre que roe el corazón, y cuando el hombre no tiene fe ni en sí mismo, á pesar de sus fuerzas, ni en el porvenir, sin embargo de la potencia divina, entonces se destroza. Atanasio era un fruto de la educación imperial. La fatalidad, esa religión del Emperador, bajó del trono hasta las últimas filas del ejército y hasta los bancos del colegio. Atanasio fijó sus ojos en el juego de la señora del presidente Ronceret con un estupor que podía pasar tan bien por indiferencia, que la señora Gransón creyó haberse engañado respecto á los sentimientos de su hijo. La aparente indiferencia de Atanasio explicaba su negativa de hacer á ese matrimonio el sacrificio de sus opiniones *liberales*, palabra que acababa de ser creada por el emperador Alejandro y que procedía, creo, de la señora de Staël por Benjamín Constant. A contar desde esta fatal velada, el desgraciado joven fué á pasearse al sitio más pintoresco del Sarto, á una ribera donde los dibujantes que se han ocupado de Alençon se han colocado para tomar



vistas. Hay en ella molinos. El río alegre los prados. Las orillas del Sarto están guarnecidas de árboles elegantes por su forma y ramaje, y si el paisaje es llano, no faltan en él gracias que distinguen á la Francia, donde los ojos no se ven jamás molestados por una claridad oriental, ni entristecidos por constantes brumas. Este lugar era solitario. En provincias, nadie se fija en una vista tan bonita, ya porque estén hastiados, ó bien por falta de poesía en el alma. Si existe en provincias un mallo, un plano ó un paseo desde donde se descubre una rica perspectiva, es precisamente el sitio donde nadie va. Atanasio tomó cariño á aquella soledad animada por el agua, donde los prados reverdecían al calor de las primeras sonrisas del sol de la primavera, y los que le veían sentado allí debajo de un álamo y observaban sus profundas miradas, dijeron varias veces á la señora Gransón:

—¡Algo le pasa á su hijo!

—¡Ya sé lo que hace!—respondía la madre con aire satisfecho dando á entender que estaba meditando una gran obra.

Atanasio no volvió á mezclarse más en política ni tuvo ya opiniones; pero hubo momentos en que pareció estar alegre, con esa alegría irónica propia de aquellos que insultan con ella al mundo entero. Este joven, alejado de todas las ideas y de todos los placeres de la provincia, interesaba á muy pocas personas, ni siquiera era objeto de curiosidad, y si le hablaban de él á su madre, lo hacían únicamente por ella. No hubo siquiera un alma que simpatizase con la de Atanasio, y ninguna mujer ni amigo fueron á secar sus lágrimas, las cuales pasaron á aumentar el caudal del Sarto. Si la hermosa Susana hubiera pasado por allí, ¡cuántas desgracias no hubiera evitado este encuentro y cuánto no se hubieran amado estos dos seres! Y sin embargo, ella acudió. La ambición de Susana tuvo por causa el relato de una aventura bastante extraordinaria que empezó allá por el año 1799 en la posada del Moro, relato que hizo estragos en el cerebro de la muchacha. Una joven de París, hermosa como los ángeles, había recibido de la policía el encargo de enamorar al marqués de Montauran, uno de los jefes enviados por los Borbones para mandar á los chuanes, y lo encontró precisamente en la posada del Moro al volver de su expedición de Mortagne; lo conquistó y después lo entregó al gobierno. Esta fantástica persona, este poder de la belleza sobre el hombre y, en una palabra, todo cuanto ocurrió en la cues-

tion de María de Verneuil con la de Montauran, deslumbrió á Susana, la cual, desde que tuvo uso de razón, experimentó un vehemente deseo de burlarse de los hombres. Algunos meses después de su marcha, la antigua planchadora no se negó, pues, á atravesar su villa natal con un artista para ir á Bretaña, y quiso ver Fougère, lugar donde se había desarrollado la aventura del marqués de Montauran y recorrer el teatro de aquella pintoresca guerra cuyas tragedias, poco conocidas aún, habían mecido su juventud. Además deseaba pasar por Alençon metamorfoseada de modo que nadie la conociese, y contaba librar en un instante á su madre de los ataques de la miseria y enviar delicadamente á Atanasio la suma que en nuestra época es, para el genio, lo que era en la Edad media el caballo de combate y la armadura que Rebeca procura á Ivanhoe.

Pasó un mes y las más extrañas alternativas referentes al matrimonio de la señorita Cormón, y hubo un bando de incrédulos que negó el matrimonio y un partido de creyentes que lo afirmó. Al cabo de quince días el bando de los incrédulos recibió un vigoroso jaque: la casa de Bousquier fué vendida en cuarenta mil francos al señor de Troisville, el cual sólo quería adquirir una casa modesta en Alençon, toda vez que pensaba ir más tarde á París cuando la princesa Sherbelloff estuviese muerta, y pensaba esperar apaciblemente su herencia ocupado en reconstituir sus tierras. Este hecho parecía positivo; pero los incrédulos no se dejaron convencer y afirmaron que casado ó no, Bousquier hacía un excelente negocio, ya que su casa no le había costado más que veintisiete mil francos. Así es que los crédulos recibieron esta perentoria objeción de los incrédulos, sin contar la de que Choisnel, notario de la señorita Cormón, no había oído aún hablar una palabra relativa al contrato. El vigésimo día, los crédulos, firmes en su fe, obtuvieron una señalada victoria sobre los incrédulos. El señor Lepre-soir, notario de los liberales, fué á casa de la señorita Cormón para presidir la firma del contrato. Este fué uno de los numerosos sacrificios que la señorita Cormón debía hacer por su marido. Bousquier sentía un odio atroz hacia Choisnel, porque se atribuía la primera negativa que había recibido de la señorita Armanda, negativa que, según él, había dictado también la de la señorita Cormón. El antiguo atleta del Directorio supo camelar tan bien á la noble soltera, la cual creía haber juz-

gado mal la hermosa alma del proveedor, que logró que ésta sacrificase su notario al amor. Sin embargo, hemos de advertir que le dió cuenta del contrato y que Choisnel, que era hombre digno de Plutarco, defendió por escrito los intereses de la señorita Cormón. Esta sola circunstancia hizo ya retrasar un poco el matrimonio. Por aquellos días, la señorita Cormón recibió varias cartas anónimas y supo con gran asombro que Susana era tan virgen como podía serlo ella misma y que el seductor, con tupé postizo, no debía ni podía figurar nunca realmente en tales aventuras. La señorita Cormón despreció las cartas anónimas, pero escribió á Susana con objeto de instruir á la Sociedad Materna. Susana, que sin duda había sabido el futuro casamiento de Bousquier, confesó su astucia, envió mil francos á la asociación y perjudicó grandemente al antiguo proveedor. La señorita Cormón convocó á la Sociedad Materna con objeto de celebrar una sesión extraordinaria en la cual se acordó que aquélla no socorrería ya á nadie bajo pretexto de una desgracia futura. Mientras duraban estos manejos, que originaban mil chismes y cuentos en la villa, se publicaban las proclamas en las iglesias y en la alcaldía. Atanasio tuvo que preparar las actas. Como medida de pudor público y de seguridad general, la desposada se fué á Prebaudet, á donde Bousquier, provisto de atroces y suntuosos ramilletes, iba todos los días por la mañana y volvía por la noche. Por fin, según decían los incrédulos, un lluvioso y triste día del mes de junio, á eso de las doce, tuvo lugar el matrimonio entre la señorita Cormón y el señor Bousquier en la parroquia de Alençon en presencia de toda la villa. Los esposos se trasladaron de su casa á la alcaldía, y de la alcaldía á la iglesia en una magnífica calesa que Bousquier había encargado secretamente á Paris. La pérdida del antiguo carricoche fué para toda la villa una especie de calamidad. El guarnicionero de la puerta de Seez se lamentaba á grandes voces porque perdía los cincuenta francos de renta que aquél le proporcionaba por los arreglos, y Alençon vió con espanto que el lujo se introducía en la villa por la casa Cormón. Todo el mundo temió el encarecimiento de los artículos, el alza de los precios de los alquileres y la invasión de los mobiliarios parisienses y hubo personas que sintieron curiosidad bastante para llegar á darle cincuenta céntimos á Jacobo á fin de mirar de cerca la calesa atentatoria á la economía del país. Los dos caballos compra-

dos en Normandía causaron también grande espanto, tanto, que la sociedad de Ronceret llegó á decir:

—Si nosotros utilizamos en el servicio propio nuestros caballos, no podremos vendérselos á los que vienen á buscarlos aquí.

Aunque tonto, este razonamiento pareció profundo en lo que contribuía á impedir que el país acaparase el dinero de fuera. Para la provincia, la riqueza de las naciones consiste más bien en el estéril ahorro, que en la activa rotación del dinero.

Hemos de advertir aquí que al fin la criminal profecía de la solterona se cumplió, y Penélope sucumbió sin que nadie pudiese salvarla, víctima de la pleuresía que había cogido cuarenta días antes del matrimonio. La señora Gransón, Marieta, las señoras Coudrai y Ronceret, y toda la villa, en fin, observó que la señora Bousquier había entrado en la iglesia *con el pie izquierdo*, presagio tanto más terrible cuanto que la palabra *izquierda* empezaba á tener una acepción política. El sacerdote encargado de leer la fórmula, abrió por casualidad el libro por la página del *De profundis*. En una palabra, que este matrimonio fué acompañado de circunstancias tan fatales, terribles y borrascosas, que nadie auguró bien de él. Todo fué de mal en peor, y no hubo bodas, porque los recién casados se fueron á Prebaudet, y según se decía, las costumbres parisienses iban á triunfar de las costumbres provincianas. Por la noche, Alençon entero comentó todas estas pequeñeces y hubo una protesta general contra ellas por parte de aquellas personas que contaban con una de esas bodas de Camacho que se hacen siempre en provincias y que la sociedad considera como deudas. La boda de Marieta y de Jacobo se hizo alegremente, y estas dos personas fueron las únicas que contradijeron las siniestras profecías.

Bousquier quiso emplear la ganancia que había obtenido con la venta de la casa en modernizar y restaurar el palacio Cormón, y como había decidido pasar dos estaciones en Prebaudet, llevó allí á su Sponde. Esta noticia llenó de espanto á la villa, donde todo el mundo presintió que Bousquier iba á arrastrar al país por la funesta senda del *confort*. Este temor aumentó cuando los de Alençon vieron llegar un día á Bousquier de Prebaudet llevando al lado á Renato vestido con librea en un tálburi tirado por un hermoso caballo. El primer acto de su administración había sido colocar todas las